

MÉXICO

SOBRE TODOS

DE MARCADA, o, al menos, de persistente, puede calificarse la baja que acusa nuestro incipiente mercado de valores. Ciertamente que en todas partes del mundo se admite como verdad sabida que la psicología del jugador de bolsa es impredecible, cosa que casi equivale a inmotivada; pero no en México, donde estamos en pañales, por no decir en cueros vivos. Aquí, efectivamente, nadie se resiste a explicar el hecho: la incertidumbre en que sin quererlo mantiene al país el Tapado. Así, el mercado seguirá fuera de madre hasta no saberse el nombre del Elegido por Dios desde la Eternidad para alcanzar la Gloria.

ESTO PARECE una impertinencia monda y lironda; pero, antes que ésa y cualquiera otra cosa, es un hecho que exige una reflexión.

Si aquí hubiera elecciones y los candidatos fueran, digamos, Nixon y Robert Kennedy, una doble razón explicaría la incertidumbre. Primero, el resultado final de la votación sería dudoso por el peso semejante de los dos rivales, y porque el voto de cada ciudadano norteamericano lo determinan ciertamente sus convicciones políticas y sus intereses económicos, pero asimismo impondera-

bles como el humor con que amanece el día de la elección. Añádase que el votante independiente representa la tercera parte del total, o sea la que en realidad decide. Segundo, porque es previsible que sería distinto el tono que uno y otro de los contendientes daría a su gobierno. El de Nixon, digamos, tozudo, y el de Kennedy, "inspirado".

Más llamativo es el caso reciente de Francia. Aunque aparentemente los dos competidores principales tenían idéntico signo político, el de liberal centrista, los elementos de incertidumbre eran muchos. Digamos la distancia a que cada uno podría y querría colocarse de la política de De Gaulle. Poher, sin ligas con el régimen caído, parecía estar en mejores condiciones para atender esa demanda pública; pero justamente por eso, existía el peligro de un indeseable rompimiento. Pompidou, a la inversa, podía ofrecer una "abertura" sin ruptura. Y jugaron como elementos de incertidumbre (y de selección) la inexperiencia de Poher, el no contar con una mayoría parlamentaria que le permitiera gobernar expeditamente, etc., etc. Por si algo faltara, jugaron otros cinco candidatos, a más de no poderse prever el número de franceses dispuestos a sacrificar su fin de semana para quedarse en casa y votar.

CUALQUIERA diría que nosotros los mexicanos, con ese genio fantástico que Dios nos ha dado, hemos superado a esos infelices yanquis que tanto se angustian por si Nixon o si Kennedy, y más todavía a esos desventurados franceses que han tenido que recurrir a la fina balanza de las especias para pesar todos los días y durante sesenta los pros y los contras de Poher, de Pompidou, de Duclos, de Deferre, de Rocard, de Krivine y de Ducatel. Nosotros, en cambio, hemos llegado a la perfección del candidato único al que ni escogemos ni votamos.

¿Qué puede, entonces, atribularnos? ¿De dónde proviene la incertidumbre que angustia a nuestro mercado de valores? Los señores que en él intervienen, ¿son meros fantasistas, quizás lunáticos o siquiera padecen histeria?

ENREDADA es ya la sicología personal para aventurarse confiado en la colectiva; pero, aun así, hay que atreverse a explicar este fenómeno tan extraño de personas que se afligen gratuitamente.

El hombre es un animal muy curioso; por eso, como a Santo Tomás, le gusta ver para creer. No que pretenda mirar y palpar literalmente una cosa para tranquilizarse al encontrarla normal; pero sí apetece tener al menos una idea general de cómo se hace una cosa, digamos el platillo que el amigo o el restaurante le ofrecen. No que para saborear un tournedo Rossini exija atestiguar con sus propios ojos el largo proceso que comienza con el alumbramiento de la vaquilla en un pajar lejano y que concluye con el caer abandonado del perejil chino. Se conforma con mucho menos, con saber de dónde procede la carne, cómo se conserva y qué ingredientes principales intervienen en su aderezo.

Ahora bien, todavía le resulta al mexicano absolutamente incomprendible nuestro "proceso electoral", y el hecho de que esa incompreensión haya persistido durante treinta años agrava su perplejidad. Al fin, vencido, ha acabado por atribuir al azar la selección del jefe del estado. Y es una verdad psicológica comprobable que el azar siempre produce incertidumbre, la incertidumbre angustia, y la angustia la necesidad de protegerse.

TAMPOCO puede aquietar al mexicano la consideración obvia de que siendo misterioso, en realidad incognoscible, nuestro mecanismo

electoral, su término a nadie puede sorprender, porque procediendo todos los posibles de la misma camada, dará igual el pinto que el colorado. No puede tranquilizarlo porque teniendo en México el ejecutivo federal un poder ilimitado, la persona del Presidente importa mucho. Hombres de carne y hueso hacen la política en todas partes del Orbe, por supuesto; pero en los países atrasados como Francia y Estados Unidos, existen los famosos cheks and balances, o resortes compensadores, que permiten corregir en buena medida la influencia de los factores personales. Aquí, dada nuestra situación de "México sobre Todos", acudimos al amparo decisivo del Supremo Hacedor.